El cristiano ante la fe y la razón

Humberto M. Rasi

Amar a Dios con toda nuestra mente y corazón es integrar la fe y la razón en nuestras actividades, dándole a Dios la prioridad en nuestra vida.

"Señor, haz que nunca emplee mi razón contra la Verdad". —Oración Hebrea.

Cuál es la relación apropiada entre la fe y la razón en la vida del creyente? Esta pregunta ha concitado apasionado interés entre los cristianos a quienes les gusta pensar. El tema preocupa en particular a los universitarios, investigadores y profesionales que desean integrar la fe y la razón en su vida. La tensión se agudiza porque muchos de nuestros contemporáneos dan por sentado que las personas inteligentes no son religiosas o, si lo son, prefieren que mantengan en privado sus convicciones.

¿Cómo han enfrentado este dilema los intelectuales cristianos de otros tiempos? En este artículo vamos a perfilar varias opciones, repasar las enseñanzas bíblicas sobre el tema y proponer una aproximación que satisfaga nuestra pasión por creer en Dios y por cultivar a la vez una fe razonable.

Premisas y definiciones

Según la Biblia, Dios creó a Adán y a Eva al comienzo de la historia humana y los dotó de racionalidad, "con la facultad de pensar y hacer".[1] Mientras ejercían esta capacidad, nuestros primeros padres desobedecieron a Dios y como resultado perdieron su dignidad y su hogar edénico. Aunque hemos heredado los efectos de su caída, Dios ha preservado nuestra facultad de pensar, confiar y tomar decisiones. En efecto, uno de los objetivos de la educación adventista es formar "a los jóvenes para que sean pensadores, y no meros reflectores de los pensamientos de otros hombres".[2]

Antes de proseguir, convendrá que definamos algunos términos:

La **fe**, desde una perspectiva cristiana, es un acto de la voluntad que decide depositar su confianza en Dios, respondiendo a su auto-revelación y a los llamados del Espíritu Santo a nuestra conciencia.[3] La fe religiosa es más fuerte que una creencia, porque incluye la decisión de vivir y aun morir por nuestras convicciones.

La **razón** es el ejercicio de la capacidad mental para comprender, examinar, discernir y aceptar un concepto o una idea. Nuestro raciocinio busca claridad, coherencia y evidencias aceptables.

Creer es el acto mental de aceptar como real o verdadero un concepto o una persona. Por supuesto, es posible creer en algo o en alguien que no son verdaderos ni reales.

La **voluntad** es la capacidad y el poder de escoger una creencia o un curso de acción en preferencia a otras opciones. **Decidir** consiste en el libre ejercicio de esa capacidad.

La razón y la fe se relacionan de manera asimétrica. Es posible creer que Dios existe (razón) sin confiar en él (fe).[4] Pero no es posible creer y confiar en Dios (fe) sin creer que él existe (razón).

He decidido concederle la prioridad a la fe en mi vida intelectual, aceptando dos afirmaciones clásicas: *Fides quaerens intellectum* ("La fe desea entender") y *Credo ut intelligam* ("Creo para poder entender"). La razón desempeña un papel importante en la vida de fe, pero no puede reemplazar la fe. Para el cristiano, el propósito último de la vida no es adquirir más conocimiento. El máximo objetivo es establecer una relación de amistad íntima con Dios, que nos lleva a obedecerle y a servir a otros motivados por el amor.

La relación entre la fe y la razón

¿Qué posturas han asumido los cristianos ante la relación de la fe con la razón? ¿Cómo deberíamos hacerlo nosotros? Veamos cuatro aproximaciones diferentes:[5]

1. Fideísmo: *La fe ignora o minimiza el rol de la razón como medio para alcanzar la verdad última.* Según esta perspectiva, la fe en Dios es el criterio fundamental para conocer la verdad y todo lo que el cristiano necesita para lograr certeza y salvación. El fideísta afirma que Dios se revela a los seres humanos mediante la Biblia, el Espíritu Santo y la experiencia personal, que son suficientes para conocer las verdades esenciales. Un dicho popular resume esta postura: "Dios lo ha dicho. Yo lo creo. Eso es suficiente".

Tertuliano (160?-230?), un defensor del cristianismo ante la cultura pagana de su tiempo, fue el primero en expresar el fideísmo radical al afirmar: *Credo quia absurdum* ("Creo en ello porque es absurdo"). Más tarde otros autores cristianos han exaltado el valor supremo de la "fe ciega" en contraste con la razón humana. En su modalidad extrema, el fideísmo rechaza el pensamiento racional, considera innecesarios los estudios avanzados y la investigación científica, y puede conducir a una religión mística.

Los críticos del fideísmo, especialmente de su versión radical, han señalado que la fe en Dios y en Jesucristo presupone que existe un Dios que se ha revelado a la humanidad en la persona de Cristo, y a menos que pueda mostrarse que esta premisa es razonable, o por lo menos que no es contraria a la razón, no resulta más apropiado creer en tales afirmaciones que creer en un absurdo. Por otra parte, los cristianos que consideran la Biblia como una revelación de origen divino necesitan de la razón para comprender y aceptar sus declaraciones y exhortaciones. Si la Biblia constituye una expresión de la voluntad de Dios y la base de la fe cristiana, necesitamos de la razón para comprenderla.

2. Racionalismo: *La razón humana cuestiona, ataca y eventualmente destruye la fe religiosa.* El racionalista sostiene que la razón constituye la base principal del conocimiento y del acceso a la verdad, y a la vez provee el fundamento de toda creencia digna de confianza.

El racionalismo moderno rechaza la autoridad religiosa y la revelación divina como bases de información fidedigna. A partir del Renacimiento europeo (siglos XIV al XVI), que exaltó la creatividad humana, el racionalismo alcanzó su apogeo durante el Iluminismo (siglo XVIII), con su crítica sistemática de las doctrinas e instituciones tradicionales. Desde allí fue evolucionando hacia el escepticismo y más tarde hacia el ateísmo contemporáneo, que niega la existencia de Dios. Friedrich Nietzsche, Karl Marx y Sigmund Freud representan esta postura.

En su oposición a la fe, el racionalismo arguye que la religión promueve creencias que con frecuencia son irracionales y frustra la autorrealización de los seres humanos. Los racionalistas señalan que la existencia del mal en el mundo es incompatible con un Dios poderoso, amante y sabio, como enseña el cristianismo.

3. Dualismo: *La fe y la razón actúan en esferas diferentes, de modo que ni se confirman ni se contradicen.*

Muchos investigadores contemporáneos afirman que la ciencia se basa en datos objetivos, mientras que la religión se ocupa de asuntos éticos desde una perspectiva subjetiva. De modo que la razón y la fe, el conocimiento y los valores no tienen relación mutua.[6]

Sin embargo, los cristianos que basan sus creencias en la Biblia no aceptan esta postura. Afirman, por ejemplo, que Jesucristo tal como se lo presenta en los evangelios no es sólo el centro de su fe como Dios encarnado, sino también un Personaje real que vivió en este mundo durante un período específico de la historia humana. Sostienen que los eventos y los personajes que se mencionan en las Escrituras también pertenecen a la historia, tal como lo confirma un número creciente de evidencias documentales y arqueológicas.

Quienes separan las esferas de la razón y de la fe relegan al cristianismo al ámbito de los sentimientos y la subjetividad, reduciéndolo en última instancia al nivel de un mito intrascendente.

Tanto los cristianos como los no cristianos tienen creencias diferentes y frecuentemente contradictorias. Si la veracidad o falsedad de tales creencias no pueden evaluarse en base a evidencias y argumentos razonables, entonces ninguna creencia —sea religiosa o filosófica— puede reclamar la confianza y la certeza de quienes las sustentan.

4. Sinergía: *La fe y la razón cooperan y se apoyan mutuamente en la búsqueda de la verdad y el cometido personal a la misma.*

Quienes proponen esta postura sostienen que el cristianismo constituye un sistema integrado y coherente de creencias y conducta que merece tanto nuestro compromiso de fe como nuestra afirmación racional. Las esferas propias de la fe y la razón se sobreponen parcialmente. Hay verdades reveladas por Dios que no pueden alcanzarse por la razón (por ejemplo, la Trinidad o la salvación por la gracia mediante la fe). También hay verdades a las que podemos llegar tanto por la revelación divina como por la razón (por ejemplo, la existencia de Dios o la ley moral). Por último, hay también verdades que la mente humana puede descubrir sin auxilio directo de la revelación de Dios (por ejemplo, las leyes físicas o las fórmulas matemáticas).

El apologista cristiano C. S. Lewis afirma que para ser realmente morales los seres humanos deben creer que los principios morales básicos pueden ser conocidos por todos. Lewis también sostiene que la existencia de tales principios éticos universales presupone la existencia de un Ser que posee el

derecho y es capaz de promulgarlos.[7]

Si el mundo en que vivimos puede entenderse mediante la razón humana en base a la investigación y la experiencia, se trata de un mundo inteligible. Al estudiar el universo del que somos parte tanto en su dimensión celular como galáctica descubrimos leyes que proveen evidencias de que un Ser inteligente lo ha diseñado y lo sostiene. Este diseño detallado de los aspectos más complejos del universo no sólo mantiene la vida en este planeta sino que revela a un Diseñador sobrenatural.

En efecto, la experiencia religiosa y la conciencia moral perciben la existencia del mismo Ser que, por su parte, la investigación científica descubre como el Diseñador del cosmos y el Sustentador de la vida.

La razón puede ayudarnos a avanzar desde la comprensión hacia la aceptación e, idealmente, hacia la creencia y la fe. Sin embargo, la fe en Dios es una decisión de la voluntad que trasciende la razón. Nuestro raciocinio, dirigido por el Espíritu Santo, puede despejar los obstáculos en el camino hacia la fe. Y una vez que abrazamos la fe, la razón puede ahondar nuestro cometido religioso.[8]

La fe y la razón desde la perspectiva bíblica

La cosmovisión del pueblo hebreo, tal como la refleja el Antiguo Testamento, concebía la existencia humana como una unidad integrada que abarcaba tanto las creencias como la conducta, la confianza en Dios y el pensamiento racional. Durante la mayoría de su trayectoria histórica, el pueblo de Israel aceptó sin cuestionamientos la realidad de Dios, cuya revelación estaba documentada en las Escrituras y cuyas intervenciones sobrenaturales eran parte de la historia vivida por este pueblo. Para los hebreos, los enemigos de la fe en Dios no eran el escepticismo ni la incredulidad sino la adoración a los dioses paganos, meros productos de la imaginación humana descarriada. Los hebreos no buscaban el conocimiento teórico sino la sabiduría, vale decir, el pensar correctamente para tomar decisiones acertadas y vivir una vida recta a la vista de Dios. "El temor de Jehová es el principio de la sabiduría, y el conocimiento del Santísimo es la inteligencia" (Proverbios 9:10).

El Nuevo Testamento refleja la transición cultural hacia un contexto diferente, en el que el monoteísmo hebreo se ha fragmentado en diversas sectas judías y ha sido influido por el politeísmo greco-romano, el culto al emperador y el agnosticismo. Al interactuar con este ambiente religioso y filosófico, la Iglesia Cristiana comenzó a expresar con claridad la relación entre la fe y la razón, concediendo primacía a la fe en la vida del creyente.

Podemos resumir las enseñanzas de la Biblia sobre la fe y la razón en estos conceptos fundamentales:

1. El Espíritu Santo despierta la fe e ilumina la razón. Si no fuera por la influencia del Espíritu Santo sobre la conciencia humana, nadie llegaría a ser cristiano. En nuestra condición natural, no buscamos a Dios (Romanos 3:10, 11), no reconocemos nuestra necesidad de su gracia (Juan 16:7-11), ni comprendemos las cosas espirituales (1 Corintios 2:14). Es el Espíritu Santo quien nos lleva a aceptar, creer y confiar en Dios (Juan 16:14). Un vez que hemos experimentado esta transformación (Romanos 12:1, 2), el Espíritu nos guía "a toda la verdad" (Juan 16:13) y nos ayuda a discernir la verdad del error (1 Juan 4:1-3).

2. La fe debe ejercitarse y desarrollarse durante toda la vida. Cada ser humano ha recibido de Dios "una medida de fe" (Romanos 12:3) —vale decir, la capacidad de confiar en él— y se espera que cada cristiano crezca en la fe (2 Tesalonicenses 1:3). "Sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios, crea que él existe y recompensa a quienes le buscan" (Hebreos 11:6). De ahí el ruego angustiado que le dirige a Jesús el padre de un hijo enfermo: "Creo; ayuda mi incredulidad" (Marcos 9:24) y el pedido insistente de los discípulos: "Auméntanos la fe" (Lucas 17:5).

3. Dios apela a la razón humana porque la valora. Aunque los pensamientos de Dios son infinitamente superiores a los nuestros (Isaías 55:8, 9), se comunica con nosotros de manera inteligible, revelándose mediante la Biblia (2 Pedro 1:20, 21), la vida de Jesucristo, quien se llamó a sí mismo "la verdad" (Juan 14:6), y mediante la naturaleza (Salmo 19:1). Durante su ministerio, Jesús dialogó con sus oyentes utilizando argumentos racionales (por ejemplo, con Nicodemo, Juan 3, y con la mujer samaritana, Juan 4). A pedido del oficial etíope, Felipe le explicó las profecías mesiánicas de las Escrituras para que pudiera comprenderlas y creer (Hechos 8:30-35). Por su parte, los cristianos de Berea fueron elogiados porque "escudriñaron las Escrituras para ver si estas cosas eran así" (Hechos 17:11).

4. Dios provee evidencias suficientes para que podamos creer y confiar en él. El observador sin prejuicios percibe en el universo manifestaciones del poder creativo y sustentador de Dios (Isaías 40:26). "Los atributos invisibles de Dios, su eterno poder y su divinidad, se ven claramente desde la creación del mundo, y se entienden por las cosas que han sido creadas". Por eso los que niegan su existencia, a pesar de las evidencias, "no tienen excusa" (Romanos 1:20, NRV). Sin embargo, cuando Tomás expresó dudas acerca de la resurrección, Cristo le ofreció evidencias físicas y le dijo: "No seas incrédulo, sino creyente" (Juan 20:27-29). Al hacer frente a cuestiones sobre el origen del universo, nuestro punto de partida debe ser la fe basada en la revelación de Dios: "Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía" (Hebreos 11:3).

5. Dios nos ofrece clara orientación para la vida, pero respeta nues-

tras decisiones. En el Jardín del Edén, Dios concedió a Adán y a Eva el poder de decidir —la capacidad de obedecerle o desobedecerle— y les advirtió de las terribles consecuencias de elegir la desobediencia (Génesis 2:16, 17). Y al comunicarse mediante Moisés, Dios repitió las opciones: "Mira, yo he puesto delante de ti hoy la vida y el bien, la muerte y el mal...; escoge, pues, la vida para que vivas tú y tu descendencia" (Deuteronomio 30:15, 19). Sus invitaciones son exquisitamente corteses: "He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él y él conmigo" (Apocalipsis 3:20). Por sobre todo, Dios desea que le amemos, obedezcamos y adoremos como resultado de una decisión libre y razonada (Juan 4:23, 24; 14:15; Romanos 12:1 [*loguikén*=razonable, espiritual].

6. Tanto la fe como la razón son necesarias en la vida y el testimonio del creyente. Pablo declaró que la aceptación de Cristo como Salvador dependía de una comprensión racional del evangelio: "La fe viene por el oír, y el oír por medio de la Palabra de Cristo" (Romanos 10:17, NRV). Pedro nos advierte: "Estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros" (1 Pedro 3:15). Y el mismo apóstol nos exhorta a añadir "a la virtud, conocimiento" (2 Pedro 1:5).

¿Qué hacer con las dudas?

Veamos algunas implicaciones de lo que hemos examinado hasta ahora. ¿Cómo debemos responder los cristianos a la tensión entre la fe y la razón que con frecuencia surge en nuestros estudios e investigaciones o en las experiencias de la vida? Estas sugerencias pueden ser útiles.[10]

1. Recordar que Dios y la verdad son sinónimos. Dios nos creó como seres racionales e inquisitivos. Se deleita cuando empleamos nuestra capacidad mental para explorar, descubrir, aprender e inventar al interactuar con el mundo. Cuando utilizamos nuestro raciocinio y nuestra creatividad en una actitud humilde y agradecida, estamos amando a Dios con toda nuestra mente. Por eso no debemos temer la investigación y los descubrimientos. Si encontramos discrepancias entre "la verdad de Dios" y "la verdad humana", esto se debe a que hemos malentendido la una, la otra, o ambas. Siendo que en Cristo "están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento" (Colosenses 2:3), todo lo que es verdad proviene de Dios.

2. Reconocer que la Biblia no pretende contener todo lo que se puede saber. El conocimiento que Dios posee es infinitamente superior al nuestro. Por esa causa tuvo que descender a nuestro nivel para poder establecer comunicación con nosotros, dentro de nuestra capacidad de comprender. Jesús les dijo a sus discípulos: "Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar" (Juan 16:12). Además, nuestra condición pecaminosa entorpece y limita nuestro entendimiento. "Ahora vemos por espejo, oscuramente....Ahora conozco en parte; pero conoceré como soy conocido" (1 Corintios 13:12). La Biblia puede ser leída como un libro de historia o de literatura o de legislación o de biografías. Sin embargo, su propósito principal es ayudarnos a conocer a Dios y mostrarnos cómo reconciliarnos con él para vivir vidas nobles y prepararnos para la eternidad. En la Tierra Nueva tendremos el tiempo y la oportunidad de explorar la vasta complejidad del cosmos y conocer a sus habitantes.

3. Distinguir entre lo que dice la Palabra de Dios y las interpretaciones humanas. Nuestras tradiciones y prejuicios a veces nos hacen ver en la Biblia conceptos que no se encuentran en ella. Un ejemplo es el caso de Copérnico (1473-1543), quien, en base a sus observaciones propuso que los planetas, incluyendo la Tierra, giran en torno al Sol. Pero como la mayoría de los astrónomos aceptaban la teoría geocéntrica de Ptolomeo, muchos de los líderes religiosos de su tiempo consideraron que la idea de Copérnico era herética. Creían que debido a la importancia de los seres humanos en los planes de Dios, el Sol y los planetas debían girar alrededor de la Tierra. Cuando Galileo y Kepler presentaron evidencias que apoyaban la propuesta de Copérnico, dicho descubrimiento no eliminó a Dios ni destruyó el cristianismo.

Tres siglos más tarde, Carlos Darwin polemizó con los teólogos de su tiempo, la mayoría de los cuales creían en el fijismo absoluto de las especies, algo que no requiere el relato bíblico de la creación. Hace algunos años, algunos cristianos afirmaban que Dios no permitiría que el hombre viajara por el espacio o llegara hasta la Luna. Tales ideas resultaron falsas, porque se basaban en interpretaciones y extrapolaciones personales.

4. Aceptar que el quehacer científico explora apenas una parte de la realidad total. Las ciencias experimentales sólo se ocupan de fenómenos que pueden ser observados, mensurados, manipulados, repetidos y falsificados. Contrariamente a lo que leemos en muchos textos de ciencia y escuchamos en los medios de comunicación, los descubrimientos con frecuencia conducen a reajustes. Es cierto que las leyes fundamentales son universalmente aceptadas. Sin embargo, a medida que los científicos continúan investigando saben que las teorías y explicaciones que fueron aceptadas por años pueden ser reemplazadas por otras teorías e interpretaciones que parecen más precisas y dignas de confianza.[11] La mayoría de los científicos investigan con premisas naturalistas, que excluyen lo sobrenatural. Un buen número de ellos son agnósticos o ateos; pero sus creencias no se basan en evidencias científicas sino en preferencias personales. Los investigadores que admiten la posibilidad de que Dios existe, encuentran en el mundo natural evidencias abundan-

tes de que un Diseñador Inteligente ha planeado y sostiene el universo y la vida.

5. Crear un archivo mental para asuntos no resueltos. En nuestros estudios, en nuestra experiencia personal y aun en la Biblia tropezamos con cuestiones que no tienen respuesta satisfactoria. A veces encontramos más tarde una explicación. En otros casos, los dilemas no tienen resolución. Un ejemplo clásico es la tensión que existe entre nuestra creencia en un Dios poderoso, sabio y amante, por un lado, y el sufrimiento de los inocentes, por otro. Aunque hay evidencias del amor y el poder de Dios, no podemos explicar el porqué de muchas tragedias humanas y desastres naturales en un universo en el que él es soberano. Como otros creyentes antes que nosotros, procuramos comprender estos y otros misterios profundos. Lo más que podemos hacer es tener paciencia, estudiar con oración estas cuestiones y buscar el consejo de cristianos de experiencia. Algún día Dios resolverá la aparente contradicción. Nuestra fe en Dios y el reconocimiento de nuestras limitaciones requieren que aprendamos a vivir con un cierto número de incertidumbres y misterios.

Conclusión

Es posible ilustrar lo esencial de este ensayo al comparar nuestra mente con una corte de justicia que delibera cada día de nuestra vida, mientras Dios protege nuestra libertad.[12] Nuestra voluntad preside en esa corte como juez, mientras la razón y la fe son los abogados que presentan evidencias y hacen comparecer a testigos para ofrecer su testimonio. Tales evidencias y testimonios son de diverso tipo: la influencia de personas a quienes respetamos, el sentirnos amados y el ser capaces de amar, el diálogo con otros, la observación de la naturaleza, la vivencia espiritual de la oración y el servicio, nuestras lecturas e investigaciones, los gozos y tristezas de la vida, el culto de adoración individual y colectivo, el impacto de la belleza y las artes, los efectos de nuestros hábitos y estilo de vida, y la búsqueda de integridad y consistencia.

Nuestra voluntad evalúa cada día estas múltiples percepciones emocionales, espirituales, racionales y estéticas, comparándolas con el código, vale decir, nuestra cosmovisión.[13]

A veces estas impresiones fortalecerán nuestras convicciones y nuestra fe. Otras veces las evidencias requerirán un reajuste de nuestra cosmovisión y la modificación de algunas de nuestras creencias. Tales cambios, por su parte, influirán sobre nuestra conducta. En ciertas ocasiones, nuestra voluntad preferirá no seguir escuchando los argumentos. En el trasfondo de la corte, el Espíritu Santo aguarda la ocasión oportuna para pronunciar una palabra de advertencia, corrección o afirmación. También se escuchan otras voces de observadores no invitados que expresan objeciones, insinúan dudas o presentan evidencias contrarias. La corte de nuestra voluntad sigue deliberando hasta el día final de nuestra vida consciente.

Como cristianos, se nos invita a amar a Dios con nuestra mente y también con nuestra voluntad, integrando las demandas de nuestra fe y nuestro intelecto. Para el creyente intelectual, "no hay incompatibilidad entre una fe sólida y los estudios profundos, entre una vida piadosa y el pensamiento crítico, entre la vida de fe y la vida de la mente".[14] Para crecer en estas dimensiones —fe, intelecto y voluntad— debemos ahondar cada día nuestra amistad con Dios y fortalecer nuestro compromiso con la verdad. El confía que, en vista de las evidencias que poseemos, sabremos vivir como cristianos fieles y ser capaces de tomar decisiones inteligentes.[15]

Notas y referencias

1. Elena White, *La educación* (Mountain View, California: Publicaciones Interamericanas, 1958), p. 15.
2. *Ibid.*
3. En el libro citado, Elena White define la fe de esta manera: "La fe significa confiar en Dios, creer que nos ama, y sabe mejor qué es lo que nos conviene" (p. 247).
4. "Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan" (Santiago 2:19).
5. Ver Hugo A. Meynell, "Faith and Reason" en *The Encyclopedia of Modern Christian Thought,* compilada por Alister E. McGrath (Oxford: Blackwell, 1993), pp. 214-219.
6. Stephen Jay Gould, el recientemente fallecido catedrático de la historia de la ciencia en la Universidad de Harvard declaró que "el conflicto entre la ciencia y la religión existe sólo en la mente de las personas, no en la lógica ni en la utilidad propia de estos campos totalmente diferentes e igualmente importantes". En su opinión, "la ciencia procura documentar el carácter real del mundo natural y de proponer teorías que coordinan y explican estos datos. La religión, por su parte, actúa en el terreno igualmente importante pero absolutamente diferente de los propósitos, significados y valores humanos". Citado por Houston Smith en *Why Religion Matters* [Harper San Francisco, 2001], pp. 70, 71.
7. El apóstol Pablo declara: "Cuando los gentiles que no tienen ley, hacen por naturaleza lo que es de la ley, éstos, aunque no tengan ley, son ley para sí mismos, mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos" (Romanos 2:14, 15).
8. Ver Peter Kreeft y Ronald K. Tacelli, *Handbook of Christian Apologetics* (Downer's Grove, Illinois: InterVarsity Press, 1994), pp. 29-44.
9. "Dios nunca nos exige que creamos sin darnos suficiente evidencia sobre la cual fundar nuestra fe. Su existencia, su carácter, la veracidad de su Palabra, todas estas cosas están establecidas por abundantes testimonios que apelan a nuestra razón. Sin embargo, Dios no ha quitado toda posibilidad de duda. Nuestra fe debe reposar sobre evidencias, no sobre demostraciones. Los que quieran dudar tendrán oportunidad de hacerlo, al paso que los que realmente deseen conocer la verdad encontrarán abundante evidencia sobre la cual basar su fe". Elena White, *El camino a Cristo* (Nampa, Idaho: Publicaciones Interamericanas, 1961), p. 105).
10. Adaptado de Jay Kesler, "Un botiquín

Continúa en la página 16.

El cristiano...

Continuación de la página 9.

de sobrevivencia", *Diálogo Universitario* 6:2 (1994), pp. 24, 25.

11. Thomas Kuhn, en su libro *The Structure of Scientific Revolutions,* 2ª ed. (University of Chicago Press, 1970) mostró cómo la labor científica se realiza en base a paradigmas conceptuales que cambian con el tiempo.
12. He adaptado esta ilustración de un ensayo de Michael Pearson, "Fe, razón y vulnerabilidad", *Diálogo* 1:11 (1989), pp. 11-13, 27.
13. Cosmovisión puede definirse como una perspectiva de la vida y el mundo que cada ser humano maduro posee. Una cosmovisión responde a cuatro preguntas básicas: ¿Qué es un ser humano? ¿Cuánto abarca la realidad? ¿Qué anda mal en el mundo? ¿Cuál es la solución a los problemas del mundo? Ver Brian Walsh y Richard Middleton, *The Transforming Vision: Shaping a Christian Worldview* (Downer's Grove, Illinois: InterVarsity Press, 1984).
14. Arthur F. Holmes, *Building the Christian Academy* (Grand Rapids, Michigan: William B. Eerdmans Publ. Co., p. 5. Ver también William Lane Craig, *Reasonable Faith: Christian Truth and Apologetics,* ed. rev. (Wheaton, Illinois; Crossway Books, 1994).
15. Ver Richard Rice, "Cuando los creyentes piensan", *Diálogo* 4:3 (1992), pp. 8-11. Rice también ha publicado el libro *Reason and the Contours of Faith* (Riverside, California: La Sierra University Press, 1991).